

XVII EDICIÓN



“Café Bar Bilbao”

Teatro Laburreko Saria

Premio Teatro Breve

Javier Diez Carmona

**DIGRESIONES DE
DON QUIJOTE Y SANCHA**

2019

DIGRESIONES DE DON QUIJOTE Y SANCHA

JAVIER DIEZ CARMONA

Sobre el escenario, una mesa de oficina y una silla. Sentado en la silla, cabizbajo, está Alonso Quijano. Viste un traje raído, camisa arrugada, corbata descolocada y cabello revuelto. Tiene en la mano un molinillo de papel que hace girar.

ALONSO: *(Para sí, casi murmurando, repite como una letanía):*

Aerogeneradores en La Mancha.
Gigantes como jirafas
de largos brazos en jarras
que hoy restan lo que ayer suman
y a los incautos despluman

Entra Sancha, hablando por el móvil.

SANCHA: Pues, sí, cielo. Aquí seguimos, esperando la rueda de prensa del presidente del gobierno. Vamos, esperando un milagro. ¿Él? Arruinado. ¿Cómo va a estar? Sí, cariño. Tiene tanto dinero en el banco como yo pretendientes. Deudas y más deudas. Y mira que se creía muy listo. Diversificar, decía todo el rato. Si le hubieras visto, presumiendo de abarcar todo el mercado de la energía. *(Imitando la voz de Alonso)* Soy el dios Éter, *(Normal)* decía a los inversores que pasaban por su despacho. *(Imitando la voz de Alonso)* Desde aquí controlo la energía. El mercado completo de la energía. *(Normal)* Sí, eso. Siempre ha sido muy peliculero, el fantasmón. Y, al final, ya ves. Más que el dios Éter, resultó ser el profesor Protón.

ALONSO: *(Alzando la voz):*

Aerogeneradores en La Mancha.
gigantes como jirafas
de largos brazos en jarras

SANCHA: Sí, es él. Pero no te rías, no seas mala. Al pobre se le ha ido la olla. Quién lo iba a decir. El gran Alonso Quijano, el señor de los molinos, como lo llamaban en Albacete, reducido al niño del molinillo. Sí, mi amor. Como una chota. No es de extrañar. Hasta hace unos meses comía en los mejores restaurantes de Madrid, se codeaba con políticos y folclóricas, con políticas y toreros, con ministros, presidentes y resto de chorizos. Y, ahora, el único que le llama es el director del banco, y no precisamente para susurrarle cositas al oído. Sí, nena, chorizos, eso he dicho. Pues como él mismo, mi niña. Como él mismo.

ALONSO: *(Se incorpora, levanta el molinillo y lo hace girar mientras grita)*

Aerogeneradores en La Mancha.

Aerogeneradores en La Mancha.

Aerogeneradores en La Mancha.

SANCHA: Eso es, guapa. Invirtió la mitad de su fortuna en un parque eólico en la Mancha. Negocio seguro. ¡Ja! Para compensar, la otra mitad la metió en fondos de esos de materias primas. Sí, especulación con gas y petróleo. Sí, y con grano y cereales, pero sobre eso chitón, que a estos ricos les gusta ganar dinero a espuestas, pero no que les recuerdes las consecuencias de especular con la comida. Pero el gobierno cambió las normas sobre nuevas energías, subió los impuestos y quitó las subvenciones. ¡Claro, nena! De subvenciones a fondo perdido y exenciones fiscales viven estos emprendedores. ¿Qué pensabas? ¿Qué vivían de su olfato para los negocios? Pues, nada, que el parque de Albacete se fue al garete. No hija, lo mío no es la poesía, no. Ni lo de Quijano, aunque últimamente habla de forma muy rara. Ya lo verás, ya. En cuanto se supo sin dinero se le fue la chaveta. ¡Claro! ¿No ves la tele? Los precios del petróleo se han desplomado en los mercados internacionales, y el tonto éste compró cuando más alto estaba. Se cree un genio de los negocios y, de verdad, le timaría un niño con una bolita y dos vasos.

ALONSO: *(dando vueltas en torno a Sancha con el molinillo en alto)*

Aerogeneradores en La Mancha.

Gigantes como jirafas

de largos brazos en jarras

que hoy restan lo que ayer suman

y a los incautos despluman

SANCHA: Bueno cariño, tengo que dejarte, que le ha dado un telele, al pobre.

Un beso. *(Cuelga y se dirige a Alonso Quijano)* Y, a usted, ¿qué le pasa?

ALONSO: *(Se detiene frente a ella, sin bajar el molinillo)*

No tengo nada, mi Sancha.

Nada.

Solo deudas y reclamos.

Solo gastos,

el despacho, unos andrajos,

y deudas, una cascada

que sobre mí se derrama.

SANCHA: Lo sé. Pero no debe perder la esperanza. El parque, aunque deficitario, funciona a pleno rendimiento. Y ya sabe cómo son los mercados. En cualquier momento cambia el ciclo y recupera lo perdido.

ALONSO:

No, mi escudera y abrigo.
No hay lugar a la esperanza
en este campo de sombras.
Lo único que me asombra
es tu valor, tu templanza,
al permanecer conmigo.

SANCHA: ¡A fuerza ahorcan! Me debe usted el sueldo de los últimos seis meses, y los del sindicato dicen que si me largo, que ganas no me faltan, perderé ese dinero y la indemnización por despido. Así que, ni valor, ni templanza. Hambre, señor Quijano. Que con lo que usted me paga, y el precio de la vivienda, solo pude ahorrar unos dinerillos que casi me he gastado.

ALONSO:

Olvídate del dinero,
del vil metal, del pecunio.
Olvida lo material,
y reniega de quien sepas
que no teme hacer el mal
por el beneficio suyo.

SANCHA: Y sigue en verso, el capullo.

ALONSO:

He comprendido, mi Sancha...

SANCHA: Sancha a secas, si es tan amable.

ALONSO:

Comprendí al fin, Sancha a secas,
que no hay riqueza mayor
ni premio con más valor
que entregar la vida entera
a derrotar al culpable
de desahucios y bajezas.
A ayudar al indefenso,
al humillado, al hambriento,
y enfrentar al poderoso que,
como molino de viento,
vive de apropiarse a un tiempo,
sueldos de menesteroso,
subvenciones del gobierno,
y de la naturaleza,

que nos pertenece a todos,
el total de su riqueza.

SANCHA: Pues espere un momento, que le traigo un espejo.

ALONSO:

No te burles, Sancha a secas,
de que haya hallado el camino
al perder en la refriega
financiera lo invertido.

SANCHA: El único camino, señor Quijano, es rentabilizar el parque eólico. Revisar los gastos, renegociar los contratos de distribución, pedir un aplazamiento de los pagos y rezar para que suban los precios del petróleo. Así aumentará el interés por la producción de energías limpias, y es posible que el gobierno vuelva a subvencionarlas. Y subirá el valor de esos fondos de inversión, que más que de inversión, parecen fondos de inmersión.

ALONSO:

No. Esos tiempos de ambición,
de finanzas y egoísmo
forman parte del pasado.
El nuevo Alonso Quijano
para siempre ha abandonado
esa burda religión
que nos conduce al abismo.

SANCHA: Sí, claro. Lo que yo le diga. ¿Y cuál será, si me lo permite, la labor de este Quijano nuevo y mejorado? ¿Pasarse el día en el despacho, soplando un molinillo y divagando en verso como un personaje secundario de Lope de Vega?

ALONSO:

Sancha a secas, es tu lengua
arma mordaz y afilada,
pero no niego la parte
que le asiste de razón.
Y, por eso, en adelante
saldremos tu y yo a la calle,
desenfundada la espada
que jamás ha de dar tregua
al financiero ladrón.

SANCHA: ¿Tú y yo? Mire, señor Quijano, que está usted muy bien y muy a gustito en su sillón. Tenga, tenga el molinillo, y sople, ya verá cómo gira. ¿Ve, cómo da vueltas? Venga, venga conmigo y siéntese, y deje pasar el tiempo sin meternos en líos. Y, sobre todo, no se le ocurra repetir eso del financiero ladrón, que como le oiga el del banco igual le ejecuta las hipotecas y ahí sí, ahí sí tendría usted un problema.

ALONSO (*Zafándose de la mano de Sancha y mirando al horizonte con expresión soñadora*)

Están ahí.

¿No los oyes?

Están ahí.

Desahuciados, maltratados,
violados por el sistema.

Reducidos a la nada
a mera supervivencia.

Están ahí.

Por todos abandonados,
víctimas del anatema
del paro.

Hundidos en la pobreza

¿No les oyes?

Sancha a secas

SANCHA: (*Siguiendo la línea de la mirada de Alonso*): Pues no.

ALONSO:

Están ahí.

Derrotados por los ogros,
los patronos, los molinos.

Derrotados, y anhelantes
de que un caballero altivo
famoso por los sus logros
les libre de los gigantes

SANCHA: ¿Un caballero altivo y famoso? Écheme el aliento, ande, que por lo que veo ha encontrado la botella de Macallan que le escondí cuando decidió ahogar sus problemas en las turbias aguas escocesas.

ALONSO:

Es la hora.

Sígueme, noble escudera

SANCHA: Secretaria. Y gracias.

ALONSO:

Sígueme, noble ayudante

SANCHA: Bueno, eso pase.

ALONSO:

Y enfrentaré los peligros
que acosan a los más pobres
como un caballero andante.

SANCHA: Usted sí que es un peligro

ALONSO:

Vamos.
Que la gloria nos espera.
Y, quizá, incluso,
el amor.
Que no hay gloria comparable
a los ojos de una dama
agradeciendo el valor
de aquel que ha de salvarle.

SANCHA: ¡Una dama! No, si lo que usted quiere es ligar. ¡A su edad! ¡Y con una damisela en apuros! Sepa usted, Alonso Quijano, que hace mucho que dejamos atrás el siglo XVI. Las mujeres no estamos ahí, quietas y desvalidas, esperando al machito salvador.

ALONSO (*Soñador*)

Más allá de estas paredes,
entre ruinas y basura,
una joven de tez blanca,
de hablar dulce y elegante
vive presa de las redes
del capital y la usura
en espera de Quijano...

SANCHA: Un capullo y un tunante.

ALONSO:

Noble caballero andante...

SANCHA: ¡Ah!

ALONSO:

Que tras desigual pelea
con el monstruo financiero
termine con la odisea
de la bella Dulcinea.

SANCHA: Mire, don Alonso. Ni usted es un caballero andante, ni ahí fuera hay Dulcineas anhelando a un redentor que, por lo demás, está tan arruinado que bastante tiene con salvar su propio culo.

ALONSO:

Ni esas soflamas soeces,
ni tus hablares canallas,
conseguirán impedir
que, aunque hayamos de morir
en esta cruenta batalla
contra banqueros y jueces,
acompañes a Quijano,
y enfrentemos a sus huestes
con el mandoble en la mano.

SANCHA: Te lo metes por el ano.

ALONSO: ¡Sancha a secas!

SANCHA: ¡Señor Quijano!

ALONSO.

¿Qué fue del verbo florido
tantas veces repetido
cuando venían clientes?

SANCHA: Se lo llevó la corriente

ALONSO: ¿Qué corriente?

SANCHA: Esa corriente de miseria en la que nos embarcó usted con sus inversiones. Porque, ¿sabe? Si no cobro, no como. Y si no como, el cerebro no me funciona como debiera. Quiero decir, Bienvenidos y me sale Malparidos. Si pienso en el futuro solo veo tinieblas y miedo. Y cuando miro a su mesa, los libros se me antojan platos llenos de viandas de todo tipo, tal es el hambre que corroe mi conciencia desde que falta el dinero.

ALONSO:

El dinero. El vil metal.
El hijo de Satanás
que corroe lo que toca
y a la mujer más cabal
es capaz de volver loca.
Que al hombre transforma en bestia,
reducida su existencia
a acumular en un banco
el botín de sus atracos
sin decencia y sin orgullo.

SANCHIA: ¡Y sigue en verso, el capullo!

ALONSO:

No te empeñes, Sancha a secas,
en añorar el pecunio
y las viejas hipotecas,
y escucha a este pobre errante
que aprendió del infortunio
de saberse en la indigencia
a renegar del farsante
al que llamaban cabal,
y encontrar en la demencia
la fuerza que me faltaba
para combatir el mal

SANCHIA: ¿Cómo piensa combatir el mal si de aquí a unos meses no podrá ni combatir el hambre?

ALONSO:

Mejor hambre que avaricia.
Yo conseguí la fortuna
a la que entregué mi vida
con robo, engaño y traición.
Pero hoy estoy en la ruina
y le doy gracias a dios
por este mi nuevo estado
de pobre menesteroso
que perdió en brazos del viento,
del petróleo, del carbón,
y en trámites onerosos
el caudal que tanto tiempo
rapiñó como un cabrón.

SANCHA: *(Mirando el móvil):* Espere, espere don Alonso, que quizá no esté todo perdido. Acaba de terminar la rueda de prensa, y el gobierno ha anunciado que recupera las exenciones fiscales a las energías limpias. ¡Y abonará las subvenciones pendientes de los últimos años con efecto retroactivo!

ALONSO:

¿Efecto retroactivo?
¿Qué me importa, Sancha a secas,
el efecto retroactivo?

SANCHA: *(Sin dejar de teclear en la pantalla del móvil)*
Ahora mismo se lo digo.

ALONSO:

Pero mira que te obcecas
en números y bobadas
que ya no tienen sentido
porque ya no valen nada.

SANCHA. *(Enseñándole el móvil)* Nada, lo que se dice nada... Según mis cálculos, le tienen que devolver esto de aquí.

ALONSO: *(Guiñando el ojo sobre la pantalla)*
¿Cuántos miles pone?

SANCHA:

Que no son miles.
Que son millones.

ALONSO:*(Le tiembla la voz)*

¿Y eso está confirmado?

SANCHA:

Confirmadísimo. Por el presidente en persona. Espere, que vuelvo a las noticias *(Trastea sobre la pantalla)* ¡Madre mía!

ALONSO:

¿Qué pasa?
¿Qué pasa?

SANCHA: Pues que Estados Unidos acaba de anunciar un ataque a gran escala sobre sus enemigos de Oriente Próximo.

ALONSO:

¡Qué tragedia!

SANCHA:

Tragedia griega, sí. Mire, mire aquí. El precio del petróleo se está disparando. Eso significa... Espere, espere que miro sus fondos de inversión. ¡Han recuperado la mitad de lo perdido en solo unas horas! Como esto siga así, lleva camino de duplicar la inversión en unos días. ¿Sabe, Alonso? ¿Sabe lo que significa esto? *(Toma a de la mano a Alonso Quijano y mira al infinito con expresión soñadora)* Que ahora, sí. Ahora dispone de capital suficiente para llevar a cabo estos proyectos que, sin dinero, no eran más que quimeras en pos del viento. Ahora puede dedicar sus recursos a enfrentar al capital, a impedir los desahucios, a ayudar a quien menos tiene, a...

ALONSO: *(Deshaciéndose de su mano con brusquedad)* Para, para. Que me ha costado muchísimo esfuerzo llegar hasta donde estoy. *(Toma el móvil de Sancha y se dedica a mirar la pantalla con una sonrisa voraz)* Que no me he pasado la vida trabajando para regalar mi dinero a cuatro vagos incapaces de dar un palo al agua. Venga. Deja ya de perder el tiempo en tonterías. A trabajar. *(Se va hacia la mesa)*

SANCHA: *(Mirando al público)*

¿Dónde quedaron los sueños?

¿Dónde los fines más nobles?

¿Dónde su caballeresco empeño
de ayudar a los más pobres?

ALONSO: *(Gritando)* ¡Sancha! ¡A trabajar si quieres cobrar!

SANCHA:

Y así acabamos la historia
sin par de Alonso Quijano.
Un capullo y un tunante
que creyéndose arruinado
se hizo caballero andante.
Pero esa extraña locura
de entregarse en cuerpo y alma
a defender al migrante,
al pobre y al desahuciado,
no le duró lo que dura
la nieve en pleno verano.
Al recuperar de golpe
el caudal de su fortuna,

también volvió al egoísmo
que aquí llamamos cordura,
y que no es sino la esencia
de todo capitalismo.

